



MERCADO MUNICIPAL DE ABASTOS DE CUENCA

El regreso

TERESA GARCÍA ESPEJO

Dormía profundamente mientras su organismo trataba de recuperarse de la noche anterior. No recordaba la cantidad de copas que había bebido, los cigarrillos que consumió junto a otros excesos a los que sucumbía demasiado a menudo. De nuevo la sed le había desbordado, sed de sueños, ansia de vida que trata de calmar perdiéndose entre los otros, en la pista de baile, dejando volar la mente para ocultar las emociones, perdido entre destellos de luz y sonidos electrónicos.

El teléfono gritó y la señal insistente se clavó con violencia en la sien, devolviendo a Pedro a la realidad. Al otro lado del auricular escuchó una voz fuerte, de mujer, era su tía Virtudes que le llamaba a primera hora para felicitarle en su cuarenta cumpleaños. La sorpresa y el olvido de la fecha le hicieron reaccionar, se despejó de golpe y recordó que tenía que viajar a Cuenca esa misma mañana.

–Seré imbécil, mira que dejarme convencer de que lo mejor es celebrar mi cumpleaños con los amigos de la infancia, como si ocurriera algo especial. ¿Qué más da cumplir 40, que 41 ó 50 tacos?, no significa nada –dijo para sí.

Cuenca era su ciudad natal, pero hacía mucho tiempo que estaba instalado en Madrid. Le gustaba la gran ciudad porque podía ser una persona anónima, deambular por sus calles, en el metro o en los clubes nocturnos, donde solía observar y buscaba, a veces desesperadamente, un amor que se negaba a sí mismo y que no se permitía encontrar.

– No hay resaca que no se alivie con una buena ducha –pensó, y se dirigió con resolución hacia el baño. El agua caía con fuerza sobre su cara y apretó los ojos para evitar la tentación de hacer un repaso de su vida pasada, de las experiencias acumuladas durante sus cuarenta años de vida, añadiendo rencores y miedos día a día. A pesar del esfuerzo, los recuerdos se hicieron presentes en el viaje y recorrió las dos horas de carretera con las manos al volante y la mente en el ayer.

El trayecto se le hizo corto, casi sin darse cuenta se encontró frente a la Subdelegación del Gobierno de Cuenca y giró a la izquierda para buscar aparcamiento en la plaza de los Carros, donde está el Mercado de Abastos de la ciudad. Compraría todo lo necesario para preparar la cena y subiría a su casa, una antigua nave situada en el barrio del Castillo que él mismo se había encargado de reformar y acondicionar hasta dejarla habitable pensando que algún día sería su hogar. Sin embargo, desde que se marchó para estudiar arquitectura, su trabajo le había obligado a vivir en distintos lugares y finalmente había desechado la idea de regresar.

Observó detenidamente el edificio del mercado. Estaba totalmente remodelado y, aunque estéticamente no era muy bonito, transmitía fortaleza y serenidad al entorno. En otro tiempo fue una construcción hermosa y un punto neurálgico en el que se reunían vendedores y compradores de toda la provincia, ocupando la plaza de España donde ahora juegan los niños alrededor de la gran fuente. En la esquina, junto a una de las entradas laterales, estaba la churrería de siempre. Se sorprendió al comprobar a través de los cristales que el negocio no había cambiado de manos y que literalmente seguían vendiendo como churros, porque el establecimiento estaba lleno.

De pequeño fue un niño enfermizo y su padre siempre le llevaba a desayunar al mercado cuando volvían del médico; de pronto, lo veía como si fuera ayer. La churrería le hizo recordar otros días felices, cuando acompañaba a su madre a comprar, ayudándole con el carro y las bolsas a cambio de un chocolate con porras. La imagen de entonces le hizo sonreír y con este gesto entró en el mercado, dirigiéndose hacia los establecimientos de frutas y hortalizas que están en la planta baja.

El paisaje interior también era diferente, pero el ambiente bullicioso del mercado se mantenía idéntico al que Pedro conocía. Vio que algunos tenderos habían instalado una de esas maquinitas que sirven para que los clientes cojan su turno, y decidió acercarse a un puesto en el que había que pedir la vez al modo tradicional. Compró lechuga, aguacates y una granada y subió a la segunda planta a por algo de carne, huevos, embutidos y queso. Mientras pedía, pagaba y acumulaba bolsas, se dejó llevar por la nostalgia y se sintió cómodo, conversando en la cola con los otros clientes y riéndose con los vendedores porque les confundieron con un turista que estaba de visita. Les contó que se había criado en Cuenca, les habló de su barrio y quiso saber los cambios que había sufrido la fisonomía de la ciudad durante su larga ausencia.

La charla le había cambiado el ánimo, estaba alegre y ajeno al tiempo, sin edad, sin canas, sin responsabilidades ni amarguras, se descubría optimista y se sentía vivo. Pensó en la cena de cumpleaños y, en ese momento, le pareció una gran idea reunirse de nuevo con los amigos de siempre, ellos le conocían muy bien y a pesar de todo le querían, aunque llevaba más de diez años evitándoles, quizá para no verse a sí mismo reflejado en ellos.



Volvió de nuevo a la planta inferior con la ventana del alma abierta al pasado y al presente, y se dirigió al puesto de flores con la intención de comprar un ramo para la velada. Se acercó a la hortelana y compró un lindo ramillete de margaritas grandes, de pétalos tersos y suave aroma.

—Muchas gracias, caballero. De regalo le doy este manojo de romero para que encuentre el amor verdadero.

Pedro agradeció el gesto y anduvo hasta el otro extremo del pasillo en dirección a la panadería. Estaba llena de gente y preguntó quién era el último. Una mujer se volvió indicando que le tocaba después de ella. Apenas pudo verle el rostro porque estaba de espaldas, pero le pareció hermosa. Llevaba un vestido largo de color verde que, sin ser demasiado



estrecho, realzaba su figura, y avanzó hasta colocarse a su lado para contemplarla mejor. Su pelo era castaño, como sus ojos, los pómulos marcados y la boca amplia sin demasiado grosor en los labios. Pedro estaba entre maravillado y perplejo, no lo podía creer, ¿era quien pensaba? Ella se dirigió al dependiente y pidió una barra integral y una docena de magdalenas; fue entonces, al escuchar su voz, cuando se confirmaron todas las sospechas. Se trataba de Ana, el gran amor de la adolescencia, la chica que nunca conquistó, era ahora una mujer que aceleraba su corazón como si no hubiese pasado el tiempo. Tenía que hablar con ella.

—Hola...¿Ana?

—Lo siento, te has confundido, me llamo Isabel.

—Vaya, cuánto lo lamento, es que te pareces tanto a una amiga que conocí hace tiempo...

—No te preocupes, no pasa nada, a veces ocurre. ¿De dónde eres?

—De aquí, pero hacía mucho que no venía. Me llamo Pedro.

—Encantada, soy Isabel. Perdona, ya te había dicho mi nombre. Vivo aquí desde hace un mes y todavía no conozco a casi nadie.

—Podrías aceptar mis disculpas viniendo esta noche a casa, es mi cumpleaños y lo celebro con unos amigos. Vamos, ánimo, lo pasaremos bien.

—De acuerdo, ¿por qué no? Ah, y muchas felicidades.

Pedro le facilitó la dirección y quedaron a las 9 de la noche. Tras la despedida respiró hondo queriendo apropiarse de todos los matices del momento en un aliento, para hacerlo perdurar. El olor a pan horneado se fundía con el de las flores recién compradas que asomaban de sus bolsas en busca de oxígeno, y salió a la calle para sentarse en un banco de la plaza, cambiando así los ecos del mercado por el sonido de los niños que reían y jugaban al balón. No aguantó mucho tiempo porque el sol de octubre le obligó a fruncir el ceño enseguida, le hizo notar de nuevo el cansancio y su espíritu volvió a resentirse.

La alarma del horno sonó al unísono que el timbre de la puerta y la puntualidad de sus amigos le sorprendió.

—¡Hola Pedro! Cuánto tiempo sin verte, mira que nos ha costado trabajo hacerte venir —le inquirió Javier, mientras le daba un abrazo.

—Felicidades hombre, cuarenta añitos..., ¿creías que te ibas a librar? —añadió afectuoso Carlos.

Tras ellos entraron Andrés, María y Rocío, repartiendo besos y entregándole los regalos. Vivir solo durante años había convertido a Pedro en un gran cocinero, sabía dónde conseguir los mejores ingredientes y disfrutaba elaborando los platos que él mismo inventaba, demostrando un enorme gusto por los detalles y un selecto paladar. La conversación fluyó durante toda la cena, que dio de sí para que se pusieran al día de los últimos acontecimientos ocurridos en sus vidas entre bromas y anécdotas de antaño. El postre ya estaba en la mesa cuando apareció Isabel.



-¡Es fascinante! -pensó Pedro con el corazón encogido, y estuvo al borde de tartamudear mientras hacía las presentaciones de rigor.

A partir de su llegada, la noche avanzó entre torpes intentos por mantener un diálogo privado con ella hasta que finalmente la hizo salir a la terraza con la recurrente excusa de admirar la vista de la ciudad vertical.

-¿De qué estás huyendo? -preguntó Isabel.

Desconcertado por su franqueza, se encontró rendido y frágil al comprobar que su coraza no le servía de nada. -No lo sé; creo que se ha convertido en una forma de vida y paso los días anhelando algo o... a alguien, qué sé yo -contestó sincero-. ¿Y tú?

-Yo me estoy buscando a mí misma y, ya ves, hoy te he encontrado a ti.

Sus palabras, su sencilla sonrisa, fueron una auténtica revelación. Pedro se descubrió entusiasmado de cumplir los cuarenta y decidió no perder más el tiempo y comenzar, desde ese mismo instante, a abandonar la ansiedad y saborear cada minuto. Tenía claro algo aún más importante, quería hacerlo con ella. La besó e hizo suyos los versos de Pedro Salinas:

*"Para querer hay que embarcarse en todos
los proyectos que pasan,
sin preguntarles nada,
llenos, llenos de fe
en la equivocación
de ayer, de hoy, de mañana,
que no puede faltar"*

(Del poema *Extraviadamente*, en *La voz a ti debida*).

TERESA GARCÍA ESPEJO
Periodista

MERCADO MUNICIPAL DE ABASTOS DE CUENCA

Situado en la plaza de los Carros, el Mercado Municipal de Abastos de Cuenca fue construido en 1972 aunque su fisonomía actual corresponde a la remodelación llevada a cabo en 1995. La reforma supuso abandonar la venta de frutas en la calle, desde camiones, e introducir todas las tiendas al interior. Está estructurado en tres plantas, dos de ellas dedicadas al comercio minorista y la tercera a otras dependencias municipales. Aunque la ocupación supera escasamente el 50%, está formado por 44 puestos ubicados en las plantas baja y primera, además de una cafetería y otros cinco despachos que se encuentran en el exterior. La mayoría de las frutas y hortalizas que podemos encontrar proceden de la provincia de Cuenca, y además ofrece una amplia gama de cárnicos y casquería. El edificio está construido en muro y ladrillo y tiene varios accesos, siendo los dos principales el de la plaza de los Carros y el de la plaza de España. Precisamente aquí, frente a la actual Subdelegación del Gobierno, se levantaba antes de edificar el inmueble actual un mercado desmontable en chapa que hoy en día está guardado en las instalaciones del coso taurino de la ciudad y cuyo recuerdo está plasmado en numerosas fotografías y en la memoria de muchos conqueses.

